

El Eco de Cartagena.

Año XXVI.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7335

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIA, tres meses, 7 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11 25 id.
La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Loriot, 51 bis rue Saint-Antoine.

Números sueltos 15 céntimos
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

JUEVES 22 DE ABRIL 1886.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

LA SEMANA SANTA.

Hace diez y nueve siglos que un tribunal negro como la conciencia de sus rebirros y suófitos y sanguinario como sus exherabes verdugos condenaron á la entonces afrentosa é infame muerte de Cruz, á Jesús el Nazareno, al Hijo de José el Carpintero y de María la de Judá, según la carne, al Verbo, al mismo Dios según los Patriarcas, Profetas y Evangelistas.

«Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad» habían cantado angélicos coros en la cuna del Salvador, cuya vida es todo caridad, todo consueño y sin embargo... Se le acusa como farsante y sedicioso!!!

Las figuras del Viejo Testamento fueron rasgadas por Jesucristo, que cumplimentando sus vaticinios y profecías en su Divina Persona, venía á llenar las aspiraciones de un pueblo durante cuatro mil años; pero al Sanhedrin de Jerusalem no le conviene que el verdadero Mesías rompa el tupido velo que negaba la luz al pueblo judaico y es preciso á todo trance deshacerse de Ese Justo y le condenan á muerte como falso profeta.

Su doctrina purísima, su religión sacrosanta, y su moral sublime hasta aquel tiempo desconocidas, no podían ni comprenderse ni apreciarse por la crasa ignorancia de gentes tan fanáticas y supersticiosas, como la historia nos presenta al pueblo judío.

Jesús, que es la Omnipotencia, se rebajó hasta aquellos entendimientos; les abre los ojos siempre cerrados á la verdad con su bondadosa y dulce palabra, con sus grandiosos é incomprendibles milagros; derrama prodigio sobre ellos el saludable rocío de su divina gracia y colma de favores inmensos á cuantos pobres y miserables se le acercan en demanda de algún socorro, de algún lenitivo á sus dolores y desgracias.

Millares de mujeres, ancianos, jóvenes y niños, le siguen por doquier y Jesús con la parábola, con el apólogo tan al alcance de las inteligencias más cortas, inculca en el ánimo de su numeroso auditorio, notabilísimos preceptos.

El cáliz de una flor, el tallo de una planta, el vuelo de una avecilla le sirven como pruebas de la existencia de Dios... pero ¿á dónde iríamos á parar si hubiéramos de escribir los principales hechos de Jesús?

Esos milagros inauditos, esas predicaciones divinas que habían de formar más tarde los dogmas de la iglesia católica, fueron el capítulo de cargos que á aquel fiero Sanhedrin hizo pronunciar la tan injusta como sangrienta pena de muerte.

Jesús-Cristo predica una nueva religión, un nuevo sacerdocio, un nuevo altar, en una palabra, una doctrina completamente nueva, llena de brillante y refulgente luz que había de disipar las tinieblas del mundo antiguo, echando por tierra destrozados los cultos de todos los pueblos y el despotismo de todos los reyes.

Hé aquí el profundo odio de los rabinos, del Sanhedrin, de Herodes, de

Anás y de Caifás, hacia Jesús el Nazareno.

Pero no; no era esta la causa: todo el odio del mundo entero, todas las persecuciones de los tiranos jamás habrían mancillado al Hombre-Dios pero... estaba escrito que Jesús había nacido para morir derramando hasta la última gota de su divina sangre en una cruz, por el linaje humano y las profecías habían de cumplirse. *Neque jota autem preteribit...*

La Iglesia católica celebra en estos días el aniversario del Redentor del mundo.

Siempre sábia y solícita, prepara á sus hijos con el ayuno, la abstinencia, con el recogimiento y la meditación durante cuarenta días para enseñarles el camino del calvario, para presenciar en la cumbre del Gógotha la muerte de nuestro amoroso Padre, de nuestro buen Dios.

La Semana Santa llamada así por la santidad de sus misterios, es la que encierra en cada uno de sus días, en cada una de sus horas, en cada uno de sus instantes, los prodigios más extraordinarios, los milagros más trascendentales de cuantos entraña en su seno el Catolicismo.

Llámanse también *semana mayor*, no porque tenga más días que la demás ni por que sus días cuenten un número de horas, sino como dice S. Juan Crisostomo por el número y magnitud de los misterios que en ella se celebran.

Dirijase Jesús de Bethania á Jerusalem con objeto de celebrar la pasqua. Tan pronto como de ello se aparcibió el pueblo, se preparó á recibirla como acostumbraban á hacerlo con los antiguos jefes de Israel.

Jerusalem rebosa de inmensa alegría; sus hijos llenos de entusiasmo salen al encuentro del Rey Pacífico, del hijo de David, del Enviado de Dios y anunciado por los oráculos. Las casas están engalanadas con riquísimas cogaduras; las calles cubiertas de flores y todos sus habitantes llevando garbadas palmas y verdes ramos de olivo; atruenan el espacio con aplausos, vitores é incesantes «Hosanna al hijo de David.» «Bendito sea el que viene en nombre del Señor.»

Y es carísimos lectores, porque Jerusalem había conocido á Jesús de Nazareth como al Mesías que se le había tantas veces prometido; y no podía menos de amarle por los favores, prodigios y milagros que durante su vida pública le había colmado en mil y mil ocasiones.

Seguir paso á paso los ritos y ceremonias de la Iglesia en estos días tres veces santos, es de todo punto imposible.

Chateaubriand en su magnífico poema «El genio del cristianismo» dice: «Un tomo entero no bastaría á pintar detenidamente las ceremonias de la Semana Santa. Sabido es cuan magníficas eran en la capital del mundo cristiano; y así no nos detendremos en describirlas. Abandonamos á los pintores y á los poetas el encargo de representar dignamente á aquel clero enlutado, aquellos altares, aquellos templos velados, aque-

llas campanas mudas, aquella música sublime, aquellas voces celestiales, captando los dolores de Jeremías, aquella Pasión mezclada con los más incomprensibles misterios, aquel Pontífice, lavando los pies de los pobres, aquellas densas tinieblas y aquel silencio interrumpido por ruidos formidables.

¿A qué pretender entrar en la Via Dolorosa? ¿Que pluma se atreve á escribir los dolores y martirios de Jesús, desde el huerto de los Olivos, hasta el monte de las calaveras? Nosotros nos consideramos incompetentes; carecemos de espíritu bastante, para seguir al Salvador en tan dolorosa agonía, y concluimos por hoy dejando á los fieles que mediten en la Pasión de Jesús, suplicándoles que no olviden las severísimas lecciones que desde el Calvario legó á la humanidad Nuestro Divino Redentor por último, que no dejen de leer detenidamente los elocuentes párrafos del discurso preliminar á la historia de la Sociedad Doméstica por J. Gaudin. Dice así el ilustrado escritor al enseñarnos el terrible cuadro de la muerte del mártir del Gógotha.

«Cercana estaba la hora fatal; se habían desencadenado las potestades del abismo, y arebatao de ciego furor, un pueblo entero se apodera del Justo. Sus mismos discípulos, amantados con sus lecciones, alienados con su amor, halagados por sus profecías, le rodeaban y rodeaban por desobediencia de jurarle una lealtad á toda prueba y uno de ellos llega á venderlo traicioneramente. Arrástranle de tribunal en tribunal por las calles de una populosa ciudad atado como un malhechor... El odio impaciente pide con ansia la sentencia que ha de entregarse al inocente: le escupen en el rostro, le abofetean, le azotan hasta descubrirle las venas y los huesos, y todo su cuerpo es una llaga. Cubrenlo con una túnica, ponen en su mano una caña por cetro, en su cabeza una corona de espinas y vendándole los ojos se hiriéndole, se postran á sus pies y le dicen: «Yo te saludo Rey de los judíos.»... Le conjuran en nombre del cielo para que hable, responde con dureza y verdad, y un bofetón es el premio de su obediencia. El Justo lo recibe y calla, su resignación exaspera á sus perseguidores que gritan: matadlo, crucifícadlo y lo arrastran ante el juez. Este al ver su inocencia, la publica, pero el pueblo no la acepta, pidiéndolo con furor su muerte; el juez titubea... es el último esfuerzo de su valor espitáneo. «No quiero ser responsable de la sangre del Justo, dice lavándose las manos; os aconsejo que mediteis lo que hacéis.»... Que muera, que muera, y caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos! La víctima marcha al suplicio... Ya ha cruzado la senda del dolor, y desnudándole de sus sangrientos vestidos, es clavado en una cruz, condenado á morir entre dos malvados. Los verdugos le dan á beber hiel y vinagre; niegan su divinidad, se burlan de su reinado, insultan su poder, y desafían su gloria y en tanto el Justo espira con sublime silencio cumpliendo su misión y el mandato de su Padre... Se estremeció toda la naturaleza, cubrió el cielo un voló fúnebre, rai-na el espacio y no tardó mucho tiempo en aparecer un mensajero de desgracias, un profeta, cual no se viera jamás, que dá vueltas sin cesar en torno de los muros de Jerusalem, gritando: «Voz de Oriente, voz de Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra todo el pueblo. ¡Al jay de mi, de Jerusalem, del templo y del pueblo! Ya amudeció su labio... pero ¿no oís el estruendo de las armas? ¿no veis cual caen las murallas en escómbros, y devoran las

llamas los palacios y los templos? Se cumplió la profecía... Donde existía el templo, solo se vé un montón de cenizas y en vez de Jerusalem un sepulcro.»

LA LEYENDA DE LA CRUZ.

Adán, el patriarca de la humanidad, había llegado á la edad de 930 años, abrumado por la enfermedad y por el trabajo. La maldición divina pesaba sobre su frente, y el primer hombre que vivió en el mundo iba á ser víctima de la muerte. Tendido en el lecho del dolor, llamó á su hijo Seth y le habló de esta manera:

—Hijo mio, voy á morir. La muerte, fruto de mi pecado, me amenaza ya con su tremendo golpe. He visto morir á Abel y tu vas á contemplar la muerte de tu padre. Seth comenzó á llorar. ¡Padre mio! excámame, no moriré. Yo buscaré por todo el mundo la medicina que debe curaros, y es preciso entraré en aquel Edén cuyas maravillas tantas veces me habeis descrito, y arrancaré del misterioso árbol el fruto de la vida.

—Te engañas, hijo mio, la puerta del paraíso es infranqueable. Un querubín armado de centinela espada guarda su dentil, y ningún mortal puede atravesarsele.

—Yo venceré con mis lágrimas la fortaleza del centinela, respondió Seth. Adán le miró con tristeza y le bendijo.

Adán bendijo á Seth y sintió que la sangre se helaba en su corazón. Seth recorrió el mundo buscando el árbol de la vida, hasta que por fin, un día estenuado de fatiga llegó á la puerta del Paraíso. El querubín le detuvo, blandió su espada y le dijo:

—Atrás: el pié del hombre no profanará jamás este recinto.

—Ten piedad de mí, contestó el viajero, soy el hijo de Adán, el desgraciado Seth. Mi padre está enfermo, vá á morir, y vengo á buscar una medicina contra la muerte.

—Vuelve atrás, respondió el querubín: es demasiado tarde para buscar remedios; tu padre ha muerto... Aun puedo, sin embargo, hacer algo en tu favor. Yo te daré una rama del árbol de la vida, plántala en el sepulcro de tu padre, y sepultado en el seno de la tierra, conocerá Adán las virtudes de este árbol y sentirá sus dulces consolaciones.

Seth aceptó la rama, volvió á la casa de su padre y la encontró vacía y desolada. Hacía mucho tiempo que Adán había muerto, Seth buscó su cuerpo para enterrarlo, y después de registrar los inmediatos bosques, descubrió por fin el medio de espesos matorrales un montón de tierra removida. Aquel era el sepulcro de Adán, y acordándose de las palabras del querubín, plantó en su cumbre la rama del árbol de la vida.

Aquella rama echó raíces, calentada por los rayos de un sol ardiente y abonada con los restos del primer hombre. Al cabo de algún tiempo la rama se había convertido en árbol y su frondosa copa venía en competencia y majestad á los árboles vecinos. El rocío del cielo refrescaba por las noches sus hojas, siempre verdes; los pájaros buscaban en sus sombras abrigo contra las tempestades y al-